

POESÍA Y SOCIEDAD (s/f)

De cómo el poeta asume una concepción del mundo y de la vida que se manifiesta en su poesía¹

«El poeta verdadero -el arte genuino- tiene por tema al hombre y nada más que al hombre».

.....
«En 1940,..., León era lo que podía decirse una ciudad levítica, ultrarreaccionaria... Después de una primera fase de terror en apariencia sin control, se impone el terror organizado, metódico y justificado, terror frío y calculado; pero en esa otra etapa, que iba a durar muchos años, el terror iba respaldado por diversas formas de apoyo al mismo: la opresión social, la opresión educativa y la opresión espiritual religiosa».

Eloy Terrón Abad

Propósito y método de este trabajo

Configuración de la personalidad del poeta en su infancia y juventud en virtud de la relación entre poesía y sociedad: el caso español en 1940-50

¿Qué puedo escribir yo sobre poesía, sobre literatura, sobre arte? Es una tarea que parece fuera de mi alcance, porque durante muchos años estuve dedicado a la dura prosa de unas ciencias que, si no están alejadas de las emociones ni de la afectividad humana, pretenden abordar sus temas de una manera rigurosamente conceptual, único lenguaje que yo entiendo y en el que, con graves dificultades, sé expresarme. Por esta razón me sentí perplejo cuando recibí la invitación a tratar de un tema literario, poético, artístico o similar.

Durante meses reflexioné de modo esporádico sobre la materia de la que yo pudiera tratar con una mínima competencia y tras muchas vacilaciones llegué a la conclusión de que debiera escribir sobre un tema situado dentro de mi especialidad -dentro de lo que yo puedo, con alguna vacilación, confesar que es mi especialidad-: cómo las relaciones sociales (en cuanto cauces significativos de información) influyen en la formación de la conciencia y su

¹ Título y subtítulos del autor; revisión formal del texto, edición y nuevas notas de Rafael Jerez Mir. Mecanoscrito, transcrito del manuscrito original (con vistas a su integración en un nuevo libro -con el título provisional de *Estado y conciencia en la sociedad de clase* o *Historia y Política* como alternativa- editar por Homo Sapiens, de Astorga) por Pilar Velasco y Susana Martín; estas antiguas alumnas de Eloy Terrón -en la Escuela de Diseño de la Universidad Politécnica de Madrid, donde enseñó Teoría e Historia de la Cultura entre 1984 y 1996- le ayudaron también a comenzar a poner orden en sus papeles. El proyecto, cuyo índice incluía una parte significativa de los escritos sobre historia, política e ideología en España, fue abandonado tras la muerte de su autor. Y, aunque éste dejó el texto menos que a medias, las cuartillas que alcanzó a escribir incluyen un resumen esclarecedor de las conclusiones de sus estudios sociohistóricos sobre las causas de la guerra civil y tienen además un doble interés autobiográfico: por la referencia indirecta a la forma dialógica de comunicarse los poetas leoneses de la revista *España* (1944), que tanto le benefició; y por la descripción y el análisis del clima social, político e ideológico ultrarreaccionario y aterrador de la ciudad de León en los años que pasó allí (1943-1952), coincidiendo por cierto con la etapa más negra de la dictadura franquista.

manifestación a través de la conducta. En otras palabras -que vienen a decir lo mismo aunque de forma más concreta-: cómo el poeta asume y configura una concepción del mundo y de la vida, que luego aparece -se manifiesta- en sus poesías, en fragmentos, en rápidas y fugaces visiones, *flashes*, fogonazos, relámpagos, chispazos, destellos y noticias breves, reiteradas u ocasionales.

Se trata, ni más ni menos, del ya viejo tema de la relación entre poesía y sociedad a través del análisis de los contenidos poéticos referidos a las ideas y preocupaciones dominantes de la sociedad en que vivió el poeta en sus años más plásticos y formativos, aquellos en los que las influencias comunicativas dejan una impresión más indeleble: la adolescencia y la primera juventud, etapas que se corresponden con los años en que los contenidos, interiorizados de manera dispersa y desorganizada, se enfrentan, entrechocan y contradicen hasta elevarse y fusionarse para aparecer como autoconciencia, como subjetividad, como personalidad, como el ser social del individuo.

Contraste de los flujos de información que incidían sobre los individuos en España a mediados del siglo XX y los que lo hacen desde 1960-1970

Aunque es difícil dilucidar los cauces ciertos -las relaciones sociales más eficaces- a través de los cuales llegan a los individuos los contenidos cognoscitivos (la experiencia humana socializada), se puede establecer un orden de prioridades en la influencia de los mismos, al menos para los 30 años centrales de este siglo. A este fin hay que recordar que los flujos de información que incidían sobre las conciencias en las décadas de los años 30, 40 y 50 eran muy distintos de los operantes en la actualidad; de modo que la tarea resulta en realidad facilitada por la mayor nitidez y concreción de los cauces de información que tenían entonces los muchachos y los jóvenes, y la población en general.

La simple mención de los hechos basta para hacer patente la tremenda diferencia entre los flujos de información que aflúan a los individuos en esas décadas y los que lo hacen en la actualidad.

Con anterioridad al desarrollo de los medios de comunicación de masas y de la publicidad comercial, los flujos de información más influyentes estaban representados por la familia, la escuela, la Iglesia, los amigos y el medio social difuso. El periódico estaba muy poco desarrollado y sólo alcanzaba a miembros de la clase media alta, a la clase media baja de los profesionales y a algunos grupos de la clase obrera; en cuanto al cine, antes de la guerra civil se encontraba en su fase de pruebas; y el único medio de información eficaz, dentro de sus limitaciones, era el púlpito. La sociedad española anterior al "desarrollo", en la década de los años 60, era una sociedad con muy pocas exigencias informativas, por la pobreza de las relaciones sociales y por los escasos condicionamientos de interdependencia. La única influencia digna de mención fue la expansión de la audiencia cinematográfica, con el estímulo de la difusión avasalladora del cine norteamericano en España desde un poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial.

Por contraste, los flujos de información se han ampliado e intensificado hasta el extremo con la aparición de la televisión, el auge de la radio y las revistas publicitarias, todo ello fomentado por una publicidad comercial que creció de forma vertiginosa de año en año. Las exigencias de información de la

población española aumentaron bajo la presión de varios factores evidentes: la industrialización, que genera nuevos nudos de dependencia social; la urbanización creciente de la población llegada a las zonas industriales y de servicios; el auge extraordinario del comercio, de los viajes y sobre todo, del turismo; las expectativas de emigración al extranjero; el rápido crecimiento de la oferta de mercancías, que implicaba (e implica) el darlas a conocer al público; y la apariencia insistente de que se borraban las barreras sociales y se estaba creando un cuerpo de ciudadanos uniformes, iguales y libres. En este tipo de sociedad los individuos se sienten impulsados a causar asombro a los demás, motivo por el cual todos resultan afectados con fuerza por influencias generales difusas.

Configuración de la personalidad por las relaciones personales; el diálogo, forma principal de comunicación; sus contenidos, clave de su eficacia

Esta concepción de las relaciones entre contenidos poéticos y sociedad se fundamenta en dos supuestos capitales: que la conciencia de cada hombre en tanto que tal parte de cero (*anima quam tabula rasa...*) y se desarrolla por la "interiorización" de elementos de la experiencia humana elaborados en lenguaje o en utensilios culturales; y que esa "interiorización" sólo es posible por el intermedio de otros individuos, esto es, por el cauce de las relaciones sociales, lo que concede una gran primacía a las relaciones de persona a persona -a las relaciones personales-, por lo que la transmisión de información esta siempre teñida de afectividad, que es la que refuerza la interiorización y la asimilación.

Ahora bien, las diferentes formas de comunicación ejercen influencias muy diversas sobre los individuos que intervienen en las mismas; y, en ciertos casos, dependen de las relaciones entre emisor y receptor. Se puede comparar, por ejemplo, el efecto sobre el sujeto de una emisión radiofónica, una lección de cátedra, un discurso político o un sermón con el correspondiente a una conversación viva entre dos amigos, aunque uno de ellos desempeñe con preferencia el papel de actor emisor. La eficacia de una exposición sobre el oyente depende, muy fundamentalmente, de la posibilidad de réplica y de pedir aclaraciones. Pero la forma perfecta y más eficaz de comunicación es la conversación, el dialogo, único caso en que es posible la réplica y la petición de aclaración. Y esto: porque el emisor puede comprobar el grado de comprensión, que es la condición esencial y existencial de toda comunicación; porque el receptor puede alcanzar el límite de la comprensión del contenido, por la posibilidad de replicar y obtener aclaraciones y sobre todo por su actitud activa, que le permite engarzar el pensamiento que le es transmitido por el emisor con el suyo propio; y porque la tensión y el amor propio puestos en juego amplían la capacidad de comprensión y excitan el interés por el tema en discusión.

En la conversación apasionada, en la discusión, es donde se forja la subjetividad, el núcleo de la personalidad, la conciencia, porque es en ese momento cuando se pone en juego todo el conocimiento interiorizado previamente, toda la experiencia anterior, debido a que la pasión moviliza todos los recursos cognoscitivos propios, los enfrenta y los fusiona, precisamente, al aplicarlos. Así se produce una asimilación energéticamente activa de

conocimientos nuevos y se remodela en profundidad todo el conocimiento atesorado, acumulado de manera fragmentaria y unilateral.

Por otra parte, la eficacia y los efectos sobre las conciencias de la comunicación no dependen tan sólo de la reversibilidad de los actores de la misma, emisor y receptor, sino también, y muy fundamentalmente, de los contenidos. Es evidente que no provoca las mismas consecuencias una lección de geografía que un sermón sobre los infinitos sufrimientos de las almas en el infierno, o un mitin político.

Con esta concepción de las relaciones entre los contenidos de conciencia y el entorno social y sus supuestos indispensables, se va a intentar “explicar” -correlacionar- la concepción del mundo, de la vida y de la sociedad del poeta -los contenidos cognoscitivos fundamentales de su conciencia- con los rasgos sociales concretos constituyentes de la sociedad en la que se desarrolló y vivió, y en la que se forjó su personalidad.² Aunque para lograr tales “explicaciones” y correlaciones es necesario, ante todo, hacer una presentación de la sociedad española en las inmediaciones de la guerra civil, del cruel acontecimiento de la contienda, de la victoria y sus consecuencias intelectuales, culturales y sociales, las manifestaciones más sobresalientes e influyentes de los vencedores, de la sociedad de la posguerra en sus rasgos más característicos y operantes, de la supervivencia de rasgos de la sociedad de la preguerra enfrentados con elementos hostiles de la sociedad resultante de la victoria, etc.³

Por lo demás, la poesía -los poemas- refleja la actitud, el talante, del poeta ante los acontecimientos y rasgos más sobresalientes de la realidad: en especial, de la realidad social y, sólo muy en segundo lugar, de la realidad natural. El poeta verdadero mira y habla de los hechos humanos, solamente de los acontecimientos protagonizados por los hombres y relativos a los hombres; el arte genuino tiene por tema al hombre y nada más que al hombre.

La sociedad española concretada en una ciudad

Elegir una ciudad cualquiera, como, por ejemplo, León, para representar en ella los graves conflictos y las acentuadas tensiones sociales de la sociedad española en los años inmediatos a la guerra civil y en la larga (¡tan larga!) posguerra no es científicamente muy correcto; pero es adecuado y conveniente para este trabajo, pues en esa ciudad va a formarse y crecer el poeta a partir del comienzo de los estudios de bachillerato (supongamos que hacia los 11 años), iniciados dos años antes de que estallase la guerra civil.⁴

² Dichos contenidos aparecen manifiestos, a veces con reiteración y otras utilizados para expresar sus estados de conciencia o de ánimo, sus esperanzas, alegrías, indignaciones, etcétera.

³ En el archivo familiar existen dos versiones del texto, ambas con correcciones a mano de Pilar Velasco, pero la única diferencia relevante entre las dos es el último punto y seguido, que falta en una de ellas. (*N. del Ed.*).

⁴ Esto parece una referencia indirecta al caso concreto de Eugenio de Nora (1924), de la revista leonesa de poesía *España* (1944-1951), fundada por el canónigo Antonio González de Lama -director de la Biblioteca Azcárate, tras la guerra civil-, Victoriano Crémer y el propio Nora, y con una línea editorial de compromiso político y social, a diferencia de su competidora de la época, la revista clasicista *Garcilaso*. La amistad entre Eloy Terrón y Eugenio de Nora perduró a través de los años; todavía, en agosto de 1997, el primero aprovechó el homenaje que le organizaron sus paisanos de La Cepeda al segundo, para resaltarla. (*N. del Ed.*).

Para entender esos dos años y comprender las supervivencias intelectuales en la ciudad de la posguerra, se hace necesario un resumen, muy breve, del marco social de la España de la preguerra civil y que condujo a ésta como un proceso inevitable.⁵

La sociedad española desde la Restauración y su marcha fatal hacia la guerra civil

En primer lugar, hay que destacar el desigual desarrollo económico, social y hasta político de las distintas regiones españolas, pues antes de la guerra civil (y aún después) convivían sobre el suelo español zonas industriales transformadoras bastante avanzadas -como Barcelona y su área de influencia, Bilbao y otras poblaciones importantes y núcleos de industrias modernas esparcidas por toda la provincia de Guipúzcoa-, con bastantes centros de industrias extractivas en Asturias, León, Huelva, Córdoba, Jaén, etc., con comarcas de agricultura muy avanzada cuyos productos estaban dirigidos al mercado exterior -como la comarca de Jerez, algo en Málaga, la huerta de Murcia y Alicante, las huertas de Valencia, Castellón y el delta del Ebro-, con extensas regiones de cultivos de la vid, del olivo y sobre todo de trigo y cebada, destinados a un mercado muy oscilante e incierto, y con numerosas comarcas, e incluso regiones, en las que se practicaba una agricultura de subsistencia y donde sobrevivía una población que no llevaba nada al mercado ni tampoco compraba nada. También hay que señalar la coexistencia de formas, las más extremas, de propiedad: inmensos latifundios en la mitad sur del país e increíbles minifundios en la mitad norte. Con todo, la forma de producción dominante en el país era la agricultura dirigida al autoconsumo y a la venta de excedentes, salvo en las reducidas comarcas de agricultura para la exportación; en cuanto a los escasos enclaves industriales, eran pequeños islotes en el mar agrario.

La población española estaba constituida por pequeños productores agrícolas, ganaderos, artesanos, comerciantes, obreros agrícolas y reducidos núcleos de obreros industriales; pero el predominio, por su número, pertenecía a los pequeños productores, aupados en sus pequeñas propiedades, todos iguales en derechos, independientes e insolidarios, definidores de la España invertebrada; tan solo en las agrovillas y agrocidades de la mitad sur y en los enclaves industriales se vislumbraban algunas señales de coherencia y de solidaridad. Dada la forma dominante de producción y su estructura social, la población española se dividía en clases que se ignoraban por completo. La poderosa aristocracia terrateniente vivía en las grandes ciudades pendiente de las remesas de sus administradores pero anhelando París y la Costa Azul para ir a derrochar sus rentas; para que éstas no disminuyeran, era fundamental que no bajaran los precios de alimentos básicos como el trigo, el aceite, las legumbres, la cebada, el pienso, etc.; y, para evitarlo, se prevaleció de su influencia militar sobre el Rey, en Palacio. Cuando los productos agrícolas amenazaron la agricultura de las naciones del Oeste Europeo, la aristocracia española consiguió levantar insalvables barreras aduaneras contra la penetración de los productos agrícolas; y así se fueron elevando los precios en el interior tras sucesivas subidas de los aranceles, hasta llegar a la prohibición

⁵ Como el autor de estas líneas ha estudiado ya la marcha fatal del país hacia la guerra civil, se limitará a esbozar aquí un brevísimo resumen.

simple y llana de las importaciones. De esta manera se creó el primer ensayo de aislamiento del mercado nacional del exterior.

Pero los avances de esa política de los terratenientes tuvieron un coste grave, pues, aunque lograron -mientras pudieron- sucesivas subidas de aranceles valiéndose de los partidos “turnantes”, se llegó a una situación en la que les era difícil conseguir sus objetivos; y, entonces, fomentaron desde el propio Palacio el golpe de Estado del General Primo de Rivera. Por fin, las dos famosas líneas de poder, la civil -que va desde el Rey con el Parlamento, el Gobierno, los Gobernadores Civiles hasta el alcalde de cada municipio- desaparece para dejar paso libre a la verdadera, la que, desde el Rey, el Jefe del Estado Mayor y a través de los Capitanes Generales, llegaba por medio de los Gobernadores Militares hasta el comandante de puesto de la Guardia Civil. Esta última era la verdadera línea de poder porque -aparte de su organización estrictamente militar- era la que disponía de las armas.

Cuando, por un reflejo liberal, se fue el Rey y se proclamó la República, la aristocracia terrateniente perdió el centro de ubicación del poder y no le quedó otra salida que desencadenar un nuevo golpe de estado -18 de julio de 1936-, que provocó la guerra civil. Aunque mucho antes se había ganado ya a los poderes “fácticos”: el militar (muchos generales y buena parte de la oficialidad eran aristócratas), el eclesiástico (el alto clero estaba estrechamente vinculado a la nobleza), el financiero (la presencia de la aristocracia era dominante en los consejos de administración de los grandes bancos y en las pocas y grandes empresas) y demás. Durante los 50 ó 60 años anteriores esos poderes “fácticos” habían ido desviándose cada vez más, no ya sólo hacia la derecha sino hacia el ultramontanismo y el integrismo más cerriles, acusando de comunistas hasta incluso a los partidos burgueses por el mero hecho de actuar en política, adoptando posturas y actitudes cada día más “apolíticas” y renegando abiertamente de la política; ¡en más de una ocasión el propio general Primo de Rivera se declaró apolítico y lo mismo hizo después el general Franco tras muchos años de ejercicio dictatorial del poder!

Los ultraderechistas tenían razón. ¿Cómo iban a actuar en política gentes con las ideologías que “florecieron” después de la victoria de la guerra civil? La ultraderecha hizo política como sabía: con las armas en la mano.⁶ Por otro lado, las clases sociales estaban cada vez más aisladas, sin un medio de comunicación aceptado por todos que les proporcionara alguna visión de la realidad común. No había tal medio: la aristocracia y el amplio espectro de la ultraderecha no leía nada (aquí hay que incluir a militares, curas y jueces); la clase media y el estrato de los profesionales inferiores leían la prensa burguesa; y los obreros que sabían leer leían sus periódicos: los socialistas la prensa socialista; los anarcosindicalistas, la anarquista; y los comunistas, la marxista-leninista. Entonces no existía, como existe hoy, la varita mágica que hace moverse a las multitudes al mismo compás: la televisión. Además, la guerra civil se hizo inevitable también por el auge del fascismo en Europa y por la disposición de los partidos de izquierda a combatirlo.

⁶ Uno de los dirigentes integristas del carlismo declaró que ellos no aceptarían la subida al trono de su Rey mediante un plebiscito sino que aquél debía conquistarlo e imponerse en él por la fuerza de las armas.

A diferencia de los campesinos de algunas regiones, para quienes el 18 de julio fue una fiesta, los trabajadores españoles no deseaban la guerra civil. No la querían; pero tampoco vacilaron en tomar parte en ella. Nada les ataba a la sociedad en que vivían: en realidad, cuando una familia obrera se trasladaba de un lugar de trabajo a otro, todo lo que poseía lo llevaba en un par de maletas de cartón o de madera. Aceptaron la guerra porque sólo podían perder la vida. En el momento de producirse el golpe militar la clase obrera española - los obreros agrícolas, los industriales y los obreros de las ciudades- era posiblemente de las más combativas de Europa, aunque tenían enfrente, además de a la aristocracia, con sus poderes “fácticos”, a toda la burguesía y, lamentablemente, a los campesinos de la agricultura de subsistencia de la mitad norte de la península, que fueron movilizados por los latifundistas valiéndose de sus auxiliares eclesiásticos. No sólo los campesinos ricos, sino los medios y hasta los pobres se dejaron “movilizar” por los “nacionales” y la Falange.⁷ Por lo demás, la guerra se hacía “¡Por Dios, por el Pan y la Justicia!”. Justificaciones lo suficientemente abstractas para emocionar hasta a los campesinos pobres, que se derrengaban sobre sus míseras parcelas. La guerra civil con todas sus siniestras consecuencias se hizo, pues, inevitable.

León antes de la guerra civil, una pequeña ciudad provinciana y levítica

Antes de la Primera Guerra Mundial, León era una “ciudad” estancada en unos 17 ó 18.000 habitantes, que recibía el nombre de ciudad por sus monumentos (catedral, San Isidoro, San Marcos, la Casa de los Guzmanes, la Plaza Mayor, etc.), por ser un importante centro religioso, por ser un centro político y por su incipiente comercio; la base de la vida material de los leoneses era la rica agricultura de las vegas que rodeaban a la ciudad y cuyos cultivos penetraban en ella, ya que buena parte de los vecinos de los barrios vivían de la agricultura de los cultivos de las huertas. La única novedad, dentro de la apacibilidad pastoril, era la estación y el barrio surgido en torno a ella. Más que mejorar, en los últimos decenios antes de la Primera Guerra Mundial la ciudad había presenciado la desaparición del numeroso artesanado textil que elaboraba el lino de las vegas circundantes, desbordado por la expansión de los tejidos industriales, procedentes en su mayoría de Barcelona.

Después de la Primera Guerra Mundial la mejora de los precios agrícolas, la revitalización de los transportes y la instalación de alguna industria indujeron un rápido crecimiento de la ciudad que la hizo pasar de 21.000 habitantes en 1920 a más de 44.000 en 1940. Sin embargo, a pesar de ese rápido crecimiento (en los 20 años anteriores la población sólo había aumentado de 15.500 a 21.400 habitantes), la actividad básica apenas había cambiado, por cuyo motivo seguía siendo una ciudad de provincias que se caracterizaba por una gran rigidez en la estratificación de clases y por el hecho de que los primeros habitantes que se veían en las primeras horas del día eran curas y beatas. Era lo que podía decirse una ciudad levítica, ultrarreaccionaria.

⁷ La moderada reforma agraria republicana conmovió los cimientos de la aristocracia, que empezó a gritar que los comunistas repartían la tierra como en Rusia; cuando los campesinos de las regiones de pequeña propiedad o de propiedad media empezaron a oír hablar de “repartir la tierra” no veían en su alrededor tierras que repartir -dado que los latifundios, que podían haberles encandilado, no podían verlos porque estaban a muchos kilómetros, en la mitad sur de España- por lo que pensaron que se trataba de quitarles sus míseras parcelas, y apoyaron a Franco en la guerra civil. Es más: en algunas regiones en las que la Iglesia ejercía un fuerte dominio se movilizaron con gran entusiasmo.

La demostración de que la ciudad dependía en buena parte de su entorno agrícola la confirmaba el mercado de la plaza Mayor y la mayor parte del comercio, en especial todo el comercio periférico dirigido a proporcionar bienes y mercancías a los labradores que acudían dos veces por semana al mercado con sus excedentes -para venderlos directamente a los consumidores- y a quienes iban a comprar herramientas, aparejos, etc. En otro aspecto, León cumplía la función de intermediario en la exportación provincial de vinos hacia Asturias y de mantequilla (producida en las explotaciones ganaderas de la Montaña -toda la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica desde el límite con Palencia al valle del Sil en La Ceana-) a Madrid, y en el comercio de las alubias del Órbigo. En este mismo período se forman algunos barrios de predominio obrero como el de Ventas, el de la Estación, el de la Corredera, etc.; pero se trataba de barrios en los que convivían obreros que tenían un trabajo fijo, obreros eventuales y un tercer componente, tipo lumpen. Naturalmente el predominio de los pequeños negocios (pequeños comercios, talleres artesanales y pequeñas industrias, etc.) era lo que configuraba el carácter de ciudad provinciana.

Entre las instituciones culturales de León hay que reseñar la existencia de un Instituto de Segunda Enseñanza, varios colegios de órdenes religiosas, un seminario mayor, una Escuela Normal de Magisterio, la Escuela Pericial de Comercio y una Escuela de Veterinaria, en la que se seguían estudios de rango universitario.⁸ La ciudad contaba también con dos bibliotecas: una de ellas muy descuidada, la llamada Provincial, y otra más modernizada y actual, la Biblioteca Azcárate, en la Fundación Sierra Pambley, situada frente a la Catedral. La actividad cultural era extraordinariamente pobre, a falta de soportes institucionales idóneos. El único centro que debiera tener un cierto nivel científico -la Escuela de Veterinaria- languidecía en un viejo y desvencijado edificio al lado de la cárcel, dedicada a formar funcionarios de una manera predominantemente burocrática. Una vida más activa y con mayor irradiación hacia el medio exterior la tuvo la Escuela Normal del Magisterio; sin duda esto se debió a que cumplía una función más viva y más apreciada socialmente, sobre todo durante los años de la República, cuando los maestros fueron considerados como los estimuladores de la transformación de la sociedad y como los apoyos más firmes del nuevo régimen político. Pero, después de la guerra civil, el Magisterio sufrió una grave crisis de descrédito y fue objeto de la desconfianza y la animosidad de los vencedores, hasta el extremo de que su excelente edificio estuvo durante bastantes años incautado por el Ejército y dedicado a hospital militar.

Con la base económica y la situación social de León, la vida cultural de la ciudad no podía dar para más, dada la apatía intelectual de las clases altas (la aristocracia y la clase media de los profesionales superiores), cuyos hijos iban a estudiar a Madrid, a Valladolid e incluso a Oviedo, para algún día sustituir al padre en el bufete, en la consulta, en la farmacia, etc. Hacían sus carreras con grandes dificultades y retrasos, para volver a León a casarse bien y a prepararse para su futuro profesional político-rutinario. Ahora bien, nada de iniciativas ni de aventuras intelectuales: mucho casino y café y algo de club y paseo cotidiano por la acera de sol invernal por Ordoño II y por el paseo de la

⁸ La Escuela de Veterinaria fue promovida al rango de Facultad de Veterinaria, adscrita a la Universidad de Oviedo, después del triunfo del Movimiento Nacional.

Condesa; estos profesionales iban a lo práctico, sin preocupaciones intelectuales. Aunque hubo también un ensayo cultural de brevísima duración: el Ateneo Obrero de Divulgación Social, donde los obreros más conscientes intentaban saciar su sed de cultura e ilusión ingenua de comprender algo el mundo en que vivían.

Estructura social y actitudes distintas y contradictorias de las clases sociales

En la víspera de la guerra civil, las clases sociales que componían la sociedad leonesa mantenían actitudes y esperanzas no ya distintas sino contradictorias. Las clases alta y media -muy minoritarias y las únicas que, por su formación intelectual y por sus relaciones sociales comunicativas, podían alcanzar un conocimiento de la realidad económica y político-social- estaban aturcidas, desinformadas y con la confianza puesta en el golpe militar que les solucionase sus problemas de una manera milagrosa y radical; mejor, brutal.

En el otro extremo del espectro estaba el amplio estrato de los trabajadores ilusionados con la revolución social que, de golpe, les proporcionase algo de seguridad; porque no aspiraban a mejorar mucho: solamente a tener trabajo y ganar un jornal para poder vivir al borde de la miseria pero sin caer en ella. Los trabajadores -en contraste con lo que se imaginaban (y se imaginan aún) muchas gentes resentidas de la baja clase media- no pretendían “dar la vuelta a la tortilla”, poner a los señores a trabajar y ocupar ellos su lugar; no, los obreros eran demasiado ingenuos y no estaban contagiados por el afán de competir ni por el de rivalizar en el consumo ostensivo: solamente aspiraban a vivir con un mínimo de dignidad en su pobreza; y, en aquellos años inmediatos a la guerra civil y sobre todo en los meses previos al 18 de Julio de 1936, “creían” en la posibilidad de una revolución que mejorara su situación.

En cuanto a la pequeña burguesía urbana y campesina, mantenía actitudes confusas aunque muy distintas. La pequeña burguesía urbana se sentía en cierta medida contagiada por los trabajadores y presentía que el cambio, todo cambio, que mejorara las condiciones de vida de aquéllos la favorecería en dos sentidos: porque quienes la componían también trabajaban y porque toda mejora de los ingresos de los trabajadores les beneficiaría por su contacto directo comercial con ellos, ya que sus propiedades estaban funcionalmente implicadas en el negocio y no representaban un gran atractivo para ser presa de posibles revolucionarios.

Este tipo de propiedad -no la magnitud de ésta ni su condición de trabajadores-, unas míseras parcelas de tierra que apenas les daban para comer en los años de buenas cosechas, por la calidad de las tierras y la forma de cultivarlas, hacia de la pequeña burguesía campesina un grupo aparte tan confuso y desorientado que se convertía en apoyo fiel de sus peores enemigos. El estar amarrados a unas parcelas que aislaban a cada propietario y lo convertían en prisionero esclavizado les impedía a estos trabajadores rurales tomar conciencia de su situación, los hacía insolidarios entre sí y víctimas de tratantes, recoveros, usureros, recaudadores y demás, aparte de ser en su conjunto víctimas de los latifundistas, beneficiarios del poder que oprimía al pequeño campesinado por medio de impuestos ruinosos para este último. De hecho, pese a todas las calamidades que caían sobre ella, este sector de la pequeña burguesía era el soporte más dócil y permanente de los gobiernos y

del poder más reaccionario, al sobrellevar con gusto todas las opresiones con tal de preservar el fundamento de su propia esclavitud: sus parcelas.

La ciudad provinciana. León después de la guerra civil

Imperio del terror físico y espiritual como método de dominación: del terror paramilitar en apariencia sin control al terror organizado, metódico y frío de falangistas y eclesiásticos

Salvo el triste y absurdo incidente del “tren de los mineros asturianos”,⁹ que hizo más que flaquear a algunos de los representantes de la autoridad republicana (servicio que no les sería tenido al poco en cuenta a la hora de la represión), el levantamiento militar en León no encontró ningún tipo de resistencia y se impuso de inmediato el nuevo orden: el terror como método y la violencia incontrolada como instrumento.

Triunfante el golpe militar brotaron por todas partes grupos de ultraderecha que habían permanecido, más o menos agazapados, en espera de que se levantara la veda: milicias de la Falange, de Acción Popular, del Requeté, Milicias Cívicas, incluso algún representante de organizaciones religiosas.¹⁰ Estos grupos paramilitares, respaldados por el ejército sublevado y por la guardia civil, son los que inician el reinado del terror. El procedimiento para desatar y mantener el terror era simple: registros domiciliarios, detenciones aparatosas, palizas, torturas, “sacas” y “paseos”,¹¹ consejos de guerra sumarísimos, fusilamientos, garrote vil, y los más terribles rumores para paralizar e inmovilizar a los vencidos, infundirles pánico, terror, porque los vencidos eran la inmensa mayoría.

Después de una primera fase de terror en apariencia sin control, se impone el terror organizado, metódico y justificado, terror frío y calculado; pero en esa otra etapa, que iba a durar muchos años, el terror iría respaldado por otros diversos mecanismos (instrumentos) aparte del mero aparato de la violencia física de las armas y de la tortura. Se implantan diversas formas de apoyo al terror: la opresión social, la opresión educativa y la opresión espiritual religiosa. Todos los organismos existentes, estatales, municipales, educativos y, con gran entusiasmo y eficacia, los religiosos, absolutamente todos, a los que hay que añadir los recién creados (que no fueron muchos), se convirtieron en tentáculos de intimidación, de vigilancia, de información del Gran Aparato Central de poder, como si la única función del Estado fuese ésa: vigilar, controlar y atemorizar.

Los diversos grupos paramilitares se unifican en uno, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS (en adelante FET de las JONS), que duplica los organismos y funciones del Estado, en especial, las funciones de vigilancia, control, adoctrinamiento (propaganda) y, frecuentemente, de castigo de los ciudadanos. El tipo del falangista con su traje negro, camisa azul oscuro,

⁹ Su salida, repleto de mineros, del 18 al 19 de julio, fue aprovechada por el coronel Aranda para rebelarse en Oviedo el día 20 mientras los mineros intentaban sin éxito apoderarse de Ponferrada, tras pasar por la ciudad de León. (*N. del Ed.*)

¹⁰ Ver Victoriano Cremer, *El libro de San Marcos*, León, Editorial Nebrija, 1982, pp. 31 y 40.

¹¹ Estas palabras se popularizaron para designar la acción de los grupos paramilitares de ir a las cárceles y otros lugares de detención para ejecutar a los presos políticos confinados.

sus botas altas, boina roja, correa negra, y con su pistolón, su aire marcial de vencedor y su bigotito en pata de mosca, causó pavor a la gente sencilla, porque, aunque no era cierto del todo, constituía la imagen misma del poder represor (de verdad, era el símbolo retórico y presuntuoso del Nuevo Estado). La fascinación de los uniformes coincide con el florecimiento del falangista uniformado y encorreado, para cumplir así la realización de la nueva concepción del hombre, como mitad monje y mitad soldado.¹²

Ahora bien, el nuevo orden español, como el nuevo orden nazi-fascista europeo al que imitaba, pretendía también el milenio nacional-sindicalista;¹³ y se propuso como tarea inmediata y urgente no sólo desarraigar todo signo o símbolo material del nefasto régimen liberal -aniquilar todo vestigio de partidos, de sindicatos, de asociaciones que tuviesen el más leve matiz liberal, democrático- sino también arrancar de las mentes todo pensamiento no ya marxista sino incluso conservador; el nuevo orden se lanzó a la tarea de llevar a cabo un colosal lavado de cerebro a todos los adultos y de inculcar los valores de la Falange (del Movimiento) en todos los niños a fin de hacer imposible cualquier tipo de revancha; los vencedores querían disfrutar de lo conquistado a cualquier precio mediante el método del terror de la violencia física y del adoctrinamiento político y religioso.

Para realizar esa ingente tarea de “lavado de cerebro” nacional se repartieron los papeles entre la Falange-Movimiento, un verdadero partido político,¹⁴ un partido único, totalitario, que se reservaba, en exclusiva, la actividad política: sólo y únicamente el Partido-Movimiento podía hacer política, tener actividad política. Consecuente con su función, la Falange se adueñó o intervino todos los periódicos, todas las radios, todos los centros de cultura y se reservó la formación política de los niños en los Institutos, Colegios y Universidades, bajo la denominación de Formación del Espíritu Nacional; creó organizaciones para encuadrar a la población por edades para su total adoctrinamiento, como la Sección Femenina de la Falange, Educación y Descanso y las organizaciones juveniles, para niños y para niñas, y el Servicio Social, para la mujer; y, por otro lado, creó la intrincada selva de la organización sindical,¹⁵ en la que en la teoría y en la práctica -como cotizantes- quedaron encuadrados todos los españoles, trabajadores, cuadros, empresarios, trabajadores autónomos, etc. A través de todas esas amplias organizaciones, la Falange -el Movimiento-Partido-, encuadraba a todos los españoles y con gran derroche de retórica y de dogmatismo les infundía su concepción del mundo, del hombre y de la sociedad, que coincidía con la unidad cristiana del hombre “anterior al desgarró luterano”.

Fuera del control de la Falange-Partido sólo quedaban las innumerables organizaciones de la Iglesia Católica española, que competía con éxito con aquella y en muchos aspectos le sacaba ventaja, de manera que una parte

¹² Como decía un viejo falangista, fundador de las falanges gallegas, la aspiración de todo español era ser mitad obispo y mitad general.

¹³ Mejor le vendría el nombre de nacional-gremialista y nacional-católico, pero cuando domina la retórica vanilocuente, las palabras ocupan el lugar de los conceptos.

¹⁴ Aunque más tarde el Movimiento rechaza las palabras partido político y partido único, se decía que la FET y de las JONS era un Movimiento, no un partido, la verdad es que en los primeros años la Falange era “el Partido”.

¹⁵ Aún habría que incluir las diversas hermandades de labradores, ganaderos, pescadores, y otras más.

muy importante de los españoles cumplía con una doble militancia o, más bien, sufría un adoctrinamiento doble y muy similar en contenido. Pues la Falange no sólo se consideraba católica en lo confesional, sino que declaraba y afirmaba de modo constante que el contenido -la médula- de la nacionalidad española era el catolicismo, y el Estado Español, el más católico del mundo. Por su parte, la Iglesia-organización y todas las congregaciones religiosas -unas con mucho más entusiasmo que otras- asumían como propia una buena parte del ritual y de la simbología falangista: el saludo brazo en alto, el himno, el “cara al sol” y la retórica vanilocuente, puesta de moda por la Falange.¹⁶

El objetivo de estas dos series de organizaciones era el mismo: desarraigar de las mentes de los españoles adultos todo vestigio de libertad, de democracia, de partidismo político, de modernidad intelectual, de tolerancia religiosa, e inculcar a las nuevas generaciones los “nuevos” principios y valores del Movimiento (resumidos más tarde en la frase, *nacional-catolicismo*) de manera rutinaria, reiterativa y dogmática. Hubo momento en que el adoctrinamiento modelador de las mentes infantiles se realizó sin competencia alguna -sin contradicciones abiertas, evidentes- entre ambas. Y tampoco cabe duda de que, en ciertos momentos -entre el final de la guerra civil y la primera derrota significativa del ejército nazi-fascista en Stalingrado, en el inicio de 1943-, los esfuerzos combinados y potenciados de la una y la otra lograron un relativo éxito, contrarrestado -hay que reconocerlo- por el racionamiento de hambre, el intervencionismo avasallador y la corrupción general, simbolizada en el “estraperlo”.¹⁷

Por lo que se refiere a León, durante los años de 1937 a 1945 aproximadamente, la propaganda a todos los niveles (mediante la radio y organizaciones de todo tipo) así como la presión social en todos los lugares públicos (calles, plazas, estaciones, cines), toda la actividad religiosa, las manifestaciones masivas por la conquista de las ciudades antes en poder de los rojos, todas las actividades cívicas, todo, fue utilizado como soporte publicitario para carteles (posters), “consignas”, símbolos (el yugo y las flechas estaban en todas partes), siluetas de Franco y del Fundador, etc. Era obligatorio levantar el brazo ante cualquier grupo uniformado que marchase por la calle; en la plaza de Santo Domingo se izaban y arriaban las tres banderas (la falangista, la nacional y la tradicionalista) todos los días a la mañana y al atardecer, al toque de corneta y ante una escuadra del ejército, y todos los ciudadanos de cualquier estado y condición tenían que pararse y saludar, firmes y brazo en alto: la ciudad era mimética de sus cuarteles.

Todas estas manifestaciones tenían algo de “astracanada” y eran rutinarias, ritualmente forzadas y vacías, pero servían para reforzar la impresión de que el nuevo orden, la Falange -y, en su parte, la Iglesia- estaban por doquier y lo dominaban todo: nada escapaba a su ojo vigilante, ni a su dialéctica de los puños y de las pistolas. Porque, en efecto, en el trasfondo estaba la violencia creando y conservando el terror; en el trasfondo -todo el que quería saberlo lo sabía- estaban las “sacas”, los “paseos”, las torturas, los

¹⁶ Todavía a finales de los años 50 y a principios de los años 60, en un Centro de Segunda Enseñanza de Madrid, regido por una congregación religiosa y con unos dos mil alumnos, se empezaban las clases todas las mañanas cantando el “Cara al Sol”.

¹⁷ La palabra *estraperlo* es la denominación típicamente española del fenómeno social conocido en Europa durante la Segunda Guerra Mundial como mercado negro. Ver *Diccionario Vox*.

consejos de guerra sumarísimos -espectáculo habitual en la casa de los Guzmanes, de la Diputación, donde en minutos se despachaban juicios masivos con condenas a muerte para todos los encausados, en ocasiones a un padre y dos hijos¹⁸ y los batallones de prisioneros construyendo la infraestructura urbana del Ensanche (de los que formaban parte profesores, ingenieros, médicos, abogados, empleados, obreros, etc., a quienes a diario o con frecuencia visitaban los familiares y señoritas distinguidas en plena faena para llevarles bocadillos, tabaco, calcetines y otros artículos necesarios). Pero, para todas las familias afectadas por las detenciones y los consejos de guerra sumarísimos, existía otro espectáculo aún más triste, más pavoroso y humillante -sobre todo, para madres y hermanas, que eran las que tenían menos peligro en presenciarlo-: el acudir de madrugada a la plaza de la cárcel para ver si sacaban a sus deudos condenados a muerte para llevarlos al lugar de ejecución, y poder así despedirse de ellos a gritos desgarradores. Y ese trasfondo se pretendía reforzar, además, con toda la parafernalia propagandística, aunque con frecuencia era conocido por las familias izquierdistas, que, como único medio de defensa, procuraban difundir por la vía de la comunicación personal todas las brutalidades que llegaban a su conocimiento y lo hacían, con frecuencia, exagerándolas, al estar dominadas las gentes por la indignación y el horror.

Todo lo anterior contribuía a acrecentar la sensación de miedo y de terror, si bien merecen sin duda un párrafo aparte las congregaciones religiosas y la Iglesia jerárquica, tan influyente en todo el país y, en especial, en León.¹⁹ Entre las gentes de izquierdas corrió insistentemente el rumor de que algunas personas habían visto frailes del Convento de San Francisco y del Colegio de los Agustinos vestidos con mono, correa y fusil, así como instalar ametralladoras en sus edificios; y otro tanto se ha dicho del Seminario: que lo habían convertido en un fortín.²⁰ Sin duda, tales rumores y afirmaciones no se pueden confirmar, pero el hecho real es que se difundieron ampliamente entre las personas de izquierdas y contrarias al golpe militar e influyeron en las conciencias de miles de personas, en la misma ciudad de León, como auténticas verdades; pues lo fundamental no es la veracidad de los rumores o de las afirmaciones escritas sino las repercusiones sociales de los mismos.

La Iglesia, dirigente del “Nuevo Estado” mediante la organización de la adhesión pública, la educación y la dirección espiritual de los individuos

Sean ciertos o no tales rumores sobre la participación de religiosos en los grupos paramilitares que cooperaron en el golpe de estado en León, lo que no deja lugar a ningún tipo de duda es la colaboración de las organizaciones de la Iglesia en el establecimiento del “Nuevo Estado” y en la laboriosa tarea del lavado de cerebro de todos los españoles para extirpar todo recuerdo de los nefastos 150 años de liberalismo a los que con frecuencia hizo alusión el Generalísimo Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios y autoridad facultada por el Vicario de Dios en la Tierra para seleccionar los obispos,

¹⁸ Las ejecuciones colectivas en el campo de tiro de Puente Castro, acontecimientos aireados por la prensa local: el *Proa*, falangista, y *El diario de León*, eclesial.

¹⁹ Tan grande era su influencia que bastaba la intercesión de un tío cura, fraile, o de una tía monja, para lograr ser indultado de una pena de muerte.

²⁰ No solo se dijo entonces sino que, cuando ha habido posibilidades para hacerlo, también se ha escrito y publicado en el mismo León.

sucesores de los Apóstoles y pastores supremos de la Iglesia. La Iglesia se entregó con Santo Celo a la tarea de justificar, de defender y propagar el nuevo orden y, a cambio de su colaboración, disfrutó de todas las ventajas y toda la influencia que consideró compatible con su independencia.

La estrecha colaboración de la Iglesia con el “Nuevo Estado” lo fue en el papel real de dirigente del mismo y en tres planos distintos: el de la adhesión pública como forma de presión social (Rosarios de la Aurora, Ejercicios Espirituales, grandes Procesiones y otras manifestaciones públicas del culto, etc.); el de la dirección concreta de las conciencias individuales;²¹ y el plano educativo, en el que las congregaciones religiosas recibieron carta blanca para hacer y deshacer.²²

La colaboración más destacada de la Iglesia en favor del “Nuevo Estado” -mucho más grave que su presunta participación en el golpe de Estado y en la preparación y desarrollo de la guerra civil- fue su cooperación plena, total y decidida para conseguir la sumisión completa e incondicional de las masas. Pues, para lograrlo, empleó una forma de terror intelectual -espiritual- que consistía, por una parte, en presentar en actos públicos con toda la insistencia y viveza posibles la imaginería terrorífica de las penalidades del infierno y del purgatorio, y, por otra, en exagerar hasta extremos increíbles las ocasiones de pecar y de condenación eterna. Para todo ello, los predicadores se valieron de masivos ejercicios espirituales en locales semioscurecidos y de rosarios de la aurora en los que no ya sólo el ambiente sino también los motivos dominantes predisponían a los asistentes a alcanzar cotas máximas de angustia, de atribulación y de miedo, presentando tales actos como expiaciones colectivas de pecados gravísimos, que por otra parte Dios estaba castigando ya con algo tan terrible como la guerra civil. En consecuencia, las oraciones cantadas con más insistencia eran aquella que reza:

*Perdona a tu pueblo,
perdónale Señor,
No estés eternamente enojado,
perdónale Señor;*

y otra en la que se recuerdan las continuas asechanzas del demonio:

*“El demonio a la oreja
te está diciendo,
deja misa y rosario,
y sigue durmiendo...”*

Es difícil comunicar la sensación de angustia que producían estas procesiones cuando a uno le despertaban en lo mejor del sueño de madrugada estas oraciones cantadas de manera plañidera por centenares o

²¹ Aquí, sin duda, debieron darse casos oscuros y muy graves, aunque todo lo relativo a este capítulo sea casi imposible de confirmar.

²² Se le entregó la niñez y la juventud para que las modelara en los principios y valores del nacional-catolicismo, y se le otorgó la libertad para establecer centros de enseñanza y el privilegio de inspeccionar la enseñanza de la religión en todos los centros de enseñanza, estatales o privados (Ley de Enseñanza Media, de junio de 1938, dada en Burgos).

miles de voces; una sensación de angustia que desembocaba necesariamente en el miedo, sobre todo cuando se estaba ya angustiado por un miedo real, objetivo: miedo a la policía, miedo a los falangistas, miedo a las torturas, a la cárcel, al consejo de guerra y a una muerte fría por fusilamiento.

La Iglesia católica sacó a relucir toda su parafernalia atemorizadora en un movimiento de defensa por lo que había experimentado en los 50 ó 60 años anteriores. Para nadie era un secreto y mucho menos para la Iglesia que se había producido una grave deserción de las prácticas religiosas²³ de una buena parte de la clase media, de la pequeña burguesía profesional, de los obreros industriales urbanos y de los obreros agrícolas de la mitad sur de la península, a los que apenas había prestado atención en los dos últimos siglos. Claro que la Iglesia no sentía tanto el despego de los actos religiosos de los pobres obreros ignorantes como el abandono de los profesionales, que sí podían influir sobre otros con su ejemplo. Por eso no podía dejar de aprovechar la ocasión ideal que se le brindaba de recuperar toda la influencia posible sobre todas las clases sociales; además, la ocasión era la más propicia para recuperar su influencia y apoyar eficazmente al nuevo régimen, que era el mejor que podía desear, el más reaccionario que podía imaginarse. De modo que, consciente de lo apropiado de la situación, se lanzó a fondo a explotar la atribulación y la angustia provocadas por la violencia y el terror generados por el golpe de Estado y por la guerra civil. De hecho, no podía imaginar mayor castigo para el pueblo español por su despego y abandono de las prácticas religiosas que la guerra civil -los odios ancestrales desatados-, que lanzaba a unos españoles contra otros hasta desembocar en aquellas absurdas matanzas por las carreteras y por los caminos. Estaba claro que se había desatado la ira de Dios: no podía darse una prueba más convincente. Había que aplacar esas iras divinas implorando individual y colectivamente perdón y humillándose, arrastrándose por el suelo, como viles gusanos; y de ahí la justeza de las misiones, de los ejercicios espirituales, de las interminables procesiones y de los rosarios de la aurora con sus plañidos:

Perdona a tu pueblo...

Había que apretar bien las clavijas de la penitencia a todos los que volvían a la Iglesia, arrepentidos de su anterior desvío. Había que demostrarles que Dios estaba muy irritado, muy enojado; y que los quería confusos y humillados, y mucho más ahora cuando tantos retornaban a aquélla como tabla de salvación. Porque ¡cuántos, profesores, periodistas, profesionales, simples obreros, volvían sus ojos a las prácticas religiosas en busca de salvación para sus vidas! ¡Cuántos no intentaron convencer a sus acusadores, jueces y verdugos de que tenían genuinos sentimientos religiosos! Y los representantes de la Iglesia cobraron muy caros los salvoconductos de religiosidad que ella

²³ La tan vilipendiada frase de “¡España ha dejado de ser católica!”, de Manuel Azaña, fue confirmada pocos años después por un libro del Padre Sarabia, *¿Es España Católica?*, escrito, según él, poco antes de la guerra civil y publicado poco después de iniciada. En ese libro se advierte que el clero católico sólo se había preocupado de las almas de la clase alta (cuya influencia había recuperado después de la Restauración), de las clases acomodadas urbanas (sobre todo de las ciudades y villas del Sur) y de los campesinos medios y pequeños de la mitad norte de la península; pero después de la Primera Guerra Mundial estaba perdiendo ascendiente con celeridad bajo la influencia de las nuevas corrientes intelectuales y culturales desarrolladas a través de la prensa y de los libros que llegaban de la Europa protestante, liberal, capitalista y atea.

podía dispensar, acumulando nuevas atribulaciones y angustias sobre los ya atribulados, aunque sin dejarse conmovir por las muestras más expresivas de arrepentimiento y de sumisión; de ahí, la frecuencia de los añadidos en las noticias de ejecuciones de que los ajusticiados confesaron y comulgaron con todo fervor (sin que de todas maneras ese fervor fuera suficiente para ser perdonados en la tierra) dejando abierta la incógnita de si habrían sido perdonados en el Cielo.

Todas las señales y todos los hechos venían a confirmar y a fortalecer la recuperación de influencia de la Iglesia sobre las masas, a las que concitó entorno suyo en actos multitudinarios convocados confiando en el terror reinante, en las amenazas veladas de fuerza y, naturalmente, también, en las advertencias reiteradas de nuevas y terribles manifestaciones de la ira divina. Una táctica que, al menos en León, tuvo pleno éxito posiblemente hasta finales de la década de los 40: la inmensa mayoría de la población acudía a las grandes manifestaciones de culto colectivo; la asistencia a los oficios religiosos aumentó enormemente; y fueron pocas las personas que no pasaron por el tribunal de la penitencia y por el banquete eucarístico. De modo que, atrapada entre el miedo a los poderes terrenales y el terror a los infinitos padecimientos y penalidades del infierno, la gente se hizo religiosa; o simuló que lo era, para no crearse más dificultades en la durísima lucha de vivir, a pesar del racionamiento de hambre: León entró en una nueva Edad Media, por lo que a la práctica religiosa se refiere.

La Iglesia dispuso todavía de otro recurso muy propicio para el adoctrinamiento, y no ya sólo de un grupo social sin influencia sino de todos los jóvenes que llegarían a desempeñar un papel importante en la sociedad española, ya sea en los empleos del Estado, en las profesiones liberales o en las empresas privadas más importantes: formar y modelar a los futuros dirigentes desde la infancia más tierna y modelable. La Iglesia, mejor dicho, las congregaciones religiosas fueron las auténticas beneficiarias de la tremenda eclosión de la segunda enseñanza desde el año de la victoria en adelante. Por lo menos en León, entre 1940 y 1945 todos los colegios de las órdenes religiosas estaban a tope. También se multiplicaron las academias de piso y todo tipo de tinglados mínimamente adecuados para dar el pase académico; y aquella fue también la época más floreciente de las clases privadas. No se sabe como, pero, de repente, todos los hijos de la pequeña burguesía urbana y rural se sintieron con vocación y entusiasmo para estudiar.²⁴

La preferencia por los colegios de religiosos es fácilmente explicable en los años inmediatos a la terminación de la guerra civil, sobre todo, si se piensa en la enorme influencia de que gozaba el clero en aquellos años. Estudiar en un colegio de pago daba prestigio, pero estudiar en un colegio de religiosos no sólo era motivo de prestigio sino que, además de reportar ciertas ventajas, constituía un verdadero privilegio social y un salvoconducto político; haberse formado en un colegio religioso significaba que uno era religioso, de buenas costumbres y persona de confianza para quienes disponían del poder político o económico. Naturalmente, los padres labradores, comerciantes o pequeños

²⁴ Es posible que esta expansión de la vocación para estudiar tenga mucho que ver con el encarecimiento de los artículos alimenticios y con el nacimiento y rápido crecimiento del estraperlo, que puso en manos de los labradores de las vegas próximas a León unos recursos que no sabían en qué emplear.

industriales que enviaban a sus hijos a “hacer el bachillerato” en el colegio de los Agustinos, de los Jesuitas, de los Maristas, etc., no tenían clara conciencia de las ventajas y privilegios que les reportaba. Ellos lo hacían porque confiaban en que así los chicos estarían mejor atendidos y vigilados que si los enviaban al Instituto y se veían forzados a vivir en una pensión de “mala muerte”; los padres se sentían más tranquilos, porque suponían que los frailes no dejarían que los chicos salieran de noche, se envidiaran en el juego y en otros vicios no menos peligrosos y degradantes.

Lo que no sabían los padres -aunque tampoco les importaba- era que sus hijos fueron sometidos a un adoctrinamiento religioso más intenso, más riguroso y más empeñoso que la propia formación académica. Porque el primer saber y el más valioso, el saber más útil, era, naturalmente, el saber de salvación; convencidos los frailes de la verdad absoluta del apotegma de que el que se salva sabe y el que no, no sabe nada. En todos los colegios de religiosos los profesores dedicaban...²⁵

²⁵ El mecanoscrito concluye así. (*N. del Ed.*).